



# GÉOPOLITIQUE ET POLITIQUE ÉTRANGÈRE

MARS 2015

## NOTE D'ANALYSE 36

Reformas económicas en la “era Putin”: búsqueda de fortalecimiento del poder duro de Rusia

DIEGO LEIVA VAN DE MAELE  
*Magister en Estudios Internacionales,  
Universidad de Chile*



Diego Leiva Van de Maele

# **Reformas económicas en la “era Putin” : búsqueda de fortalecimiento del poder duro de Rusia**

Mars 2015



Direction : Tanguy de Wilde et Tanguy Struye de Swielande.

Conception et mise en page du présent numéro : Chloé Daelman.

Pour nous contacter :

Site Internet : <http://www.http://geopolitique-cecric.org/>

Email : [tanguy.struye@uclouvain.be](mailto:tanguy.struye@uclouvain.be)

© Chaire InBev Baillet-Latour, programme « Union européenne-Chine », 2015.

**Diego Leiva Van de Maele** est un chercheur chilien qui a effectué un séjour de recherche au sein des chaires InBev-Baillet Latour pour perfectionner ses connaissances sur la politique extérieure de la Russie contemporaine. Licencié en sciences politiques avec spécialisation en relations internationales de l'Université Alberto Hurtado, il est actuellement candidat au Master en études internationales de l'Universidad de Chile.

## LA “GRAN RUSIA” REQUIERE DE CAPACIDADES SIGNIFICATIVAS DE PODER DURO

Desde la teoría de las Relaciones Internacionales, en su visión realista tradicional, se considera a las capacidades económicas y militares como la base del poder de un Estado, y por lo mismo, el lugar al que se debe apuntar y potenciar si un país tiene la intención de escalar en la estructura de poder internacional, idea que se encuentra incorporada en la visión del actual presidente de Rusia, Vladimir Putin, como se puede observar en la siguiente cita:

*Russia is ready to become a part of the new multipolar world and to guarantee the observance of the rules on the international arena, but not a great power with particular rights. Russia wishes to be equal among equals. That's why we need economic and military might, to guarantee the observance of the international law and of equal rights of all the participants of international communication<sup>1</sup>*

Vladimir Putin justifica el fortalecimiento de las capacidades económicas y militares de Rusia como un proceso necesario en la búsqueda por lograr una buena inserción en el sistema internacional multipolar contemporáneo, como una potencia no hegemónica (como un “igual entre iguales”) capaz de garantizar a partir de dicho poder la observancia del derecho internacional y la igualdad de derechos entre los miembros de la comunidad internacional. Para ser potencia, desde su punto de vista, se necesita un Estado fuerte, y la condición básica para alcanzar dicho status es tener suficientes recursos económicos y militares (Voico, 2010).

En la presente investigación se analizan los procesos de reforma en el ámbito económico implementados desde la llegada de Vladimir Putin al Kremlin a inicios de siglo, orientados al fortalecimiento de las capacidades estatales (lograr estabilidad y crecimiento sostenido) y al aumento de los recursos de poder “duro” del país, aspecto fundamental en la estrategia macro del gobierno de Putin dirigida a lograr el reposicionamiento internacional de Rusia, volver a su estatus de *Great Power* (potencia).

### REFORMAS EN EL ÁMBITO ECONÓMICO

Como bien afirman Bali et al., la historia de la transformación del sistema económico ruso tras la caída de la Unión Soviética puede resumirse como el paso “*de una gran economía planificada que no funcionaba bien, a una pequeña economía de mercado que funciona mal*” (Bali et al., 2013: 9). Tal vez es

1 Extracto de entrevista realizada a Putin por la televisión india, citado desde Voico (2010: 43).



una visión muy categórica y negativa, considerando que durante los primeros años de la “era Putin” la economía se estabilizó y creció a cifras históricas, pero da cuenta de la realidad de la economía Rusa: una economía frágil, poco eficiente y dependiente de sus recursos naturales/energéticos.

a) *Desde la perestroika de Gorbachev y la shock therapy de Yeltsin a las reformas económicas de Putin*

Para ir al inicio del proceso de transformación de la economía rusa debemos remontarnos a los últimos años de la Unión Soviética, específicamente al gobierno de Mikhail Gorbachev (1985 – 1991). A fines de los años 80’ el panorama de la economía rusa era preocupante. Con un desgaste evidente causado en buena medida por la campaña militar en Afganistán, la economía rusa necesitaba cambios urgentes. Consciente de dicha situación, Gorbachev inicia el proceso de reforma del sistema económico y político ruso a partir de la *perestroika* (reestructuración) y el *glasnost* (apertura).

La “reestructuración” pensada por el último líder soviético se componía de al menos diez planes de reforma orientados a eliminar de forma gradual el control estatal de la economía, incluyendo medidas como los arrendamientos de terrenos a agricultores (permitiendo el surgimiento de pequeñas empresas privadas), sin lograr sus objetivos al no llevarse a cabo prácticamente ninguna de las medidas incluidas en el plan original (Boettke, 1993). Uno de los principales impedimentos para la reforma, aparte del contexto político de inestabilidad que incluyó un intento de golpe de Estado en 1991, fue la creencia por parte de Gorbachev de que el sistema podía modificarse sin alejarse completamente de la ideología comunista y del control del Partido. Tenía la convicción de que el socialismo ruso podía “purgar” las aberraciones estalinistas y promover una economía de eficiencia en el marco de apertura del *glasnost* (Desai, 2005). La implosión de la Unión Soviética demostró que estaba equivocado.

Con la llegada de Boris Yeltsin al poder en 1991 se dará el verdadero puntapié inicial de la transformación económica del país. Convencido de que el sistema político soviético debía ser anulado, y no sólo modificado, Yeltsin diseñará (el real arquitecto será, sin embargo, Yegor Gaidar, primer ministro durante 1992) e implementará un plan de reforma calificado por diversos autores como *shock therapy* (terapia de shock). Lo hizo tomando en cuenta el argumento en favor del *shock* según el cual en coyunturas

extraordinarias los cambios radicales son políticamente posibles, estando la población más dispuesta y capacitada para soportar medidas con consecuencias negativas pero necesarias para la estabilización, como el aumento sostenido y acelerado de los precios (Desai, 2005).

Iniciada en 1992, la reforma de Yeltsin seguirá una orientación neoliberal tomando algunos de los elementos presentes en el recetario del Consenso de Washington, incluyendo las siguientes medidas (Bali et al., 2013: 8): en primer lugar, la *liberalización de los precios* antes controlados administrativamente; en segundo lugar, la *apertura a la economía mundial* con el objetivo de evitar la inflación con la entrada de competencia internacional; en tercer lugar, las *restricciones financieras* necesarias para disminuir el déficit presupuestario; y en cuarto lugar, una política de *privatizaciones* masiva del entramado estatal de producción. Una de las primeras medidas adoptadas va a ser la reforma al sistema bancario, de especial relevancia en la medida que establecerá un nuevo esquema a dos niveles a partir de 1992, uno superior con el Banco Central de Rusia (BCR), y otro inferior con la aparición de los Bancos comerciales, dejando al primero los roles básicos de todo banco central (emisor de moneda, banco del estado y banco de los otros bancos), descentralizando el resto de las funciones con este nuevo sector privado (Sánchez, 2002).

En términos generales, el proceso de transformación económica puede ser analizado a partir de dos grandes etapas antes de la crisis de 1998, siguiendo a Sánchez. La primera, desarrollada entre 1992 y 1994, se caracterizó por el desarrollo e implementación de las políticas de *cambio estructural*, y tuvo por objetivo el construir una economía de mercado a partir de políticas de liberalización económica y de privatización (Sánchez, 2002: 54). La segunda, que comprende el periodo 1995 – 1998, se caracterizó por la puesta en marcha de una política de *regulación económica* de los cambios estructurales antes efectuados permitiendo una mayor *estabilización económica*, que incluyó medidas como la creación de un sistema bancario a dos niveles y un primer intento de aparato fiscal, entre otras (Sánchez, 2002: 58). No existe una división real entre ambos periodos, por lo que los procesos suelen superponerse (como veremos con el programa *loans for shares*, por ejemplo), pero sí una clara diferencia entre un primer momento en que se desarrollaron los principales cambios estructurales de la reforma, y un segundo en el que se aplicaron mayormente medidas de regulación y estabilización de dichas transformaciones.



Nos concentraremos en la primera etapa, considerando que es en donde se produce el quiebre con el anterior sistema económico. Las políticas de liberalización económica, uno de los brazos del cambio estructural, se orientaron hacia la eliminación de restricciones administrativas a los flujos de mercancías, y de obstáculos en las transacciones con el exterior. A su vez, liberalizaron la mayoría de los precios (salvo los de productos estratégicos), terminando con la fijación de precios centralizada, de objetivos productivos, y con la asignación de recursos, abriendo paso al libre comercio a nivel interno (Sánchez, 2002). De forma paralela a dicho proceso interno se irán desarrollando las políticas de apertura económica, teniendo como uno de sus objetivos centrales la reinserción de Rusia en la economía global.

En un primer momento, a partir de 1992, se producirá una apertura “brutal” de la economía rusa, incluyendo tres meses en los que se eliminaron los aranceles por completo. Los efectos de dicha apertura extrema fueron desastrosos, obligando al Kremlin a cambiar de estrategia hacia una política de “cierre parcial” (en comercio de bienes, puesto que en 1995 comienza con la apertura financiera a partir de un acuerdo con el FMI) con medidas relativamente más proteccionistas desde 1993 hasta la crisis de 1998, como el alza en los aranceles a un 16% (Bali et al., 2013: 25). El proceso de privatización, por su parte, se desarrollará de forma masiva y acelerada desde 1992, comenzando por la legalización plena de la propiedad privada, eliminando toda limitación administrativa que impidiese el crecimiento del naciente sector privado (Sánchez, 2002). Incluirá además un enorme proceso de desestatalización de la economía rusa, es decir, la transferencia de parte significativa de la propiedad estatal a la población.

El primer mecanismo de traspaso de propiedades consistió en la entrega de *vouchers*, ideado por el economista ruso neoliberal Vitaly Naishul (Aslund, 2007) y administrado por el entonces ministro Anatoly Chubais. Los *vouchers* (cupones), de un valor de 10 mil rublos, debían ser repartidos a cada hombre, mujer y niño en Rusia para que pudiesen adquirir acciones en las empresas estatales ahora privatizadas, o bien, revenderlos. A pesar de ser lanzado de forma apresurada fue una iniciativa que tuvo gran soporte popular, permitiéndole a Yeltsin celebrar un triunfo en el referéndum de 1993 (Desai, 2005). El programa de *vouchers* llegó a su término en 1994, sin lograr ser aplicado de forma eficiente debido a la falta de información en la población sobre la entrega y el valor de los *vouchers*, y a la

inexistencia de un sistema de transacción electrónica de los mismos, por lo que en la práctica sólo una pequeña parte de la población recibió efectivamente los cupones, de los cuales un número significativo terminó por revenderlos (Desai, 2005).

Como segundo mecanismo de privatización encontramos al polémico programa *loans for shares*, implementado y defendido por el ministro Anatoly Chubais. Iniciado en 1995, consistió en un proceso de traspaso de acciones de 12 corporaciones estatales vía subasta a un grupo de empresarios, los que a cambio deberían otorgar préstamos al presupuesto federal –que acumulaba un déficit importante-, llegando a totalizar de 800 millones de dólares (Treisman, 2010: 3). La parte más controversial del programa dice relación con el hecho de que si el gobierno no era capaz de pagar el préstamo a septiembre de 1996, los empresarios podían subastar acciones y quedarse con un 30% de las ganancias, usualmente comprándose ellos mismos el resto de la empresa al no existir transparencia ni garantías de competencia real en las subastas (Treisman, 2010).

Dentro de las empresas privatizadas se encontraban grandes corporaciones del sector del petróleo y la minería (como Yukos, Lukoil y Surgutneftegaz), las que fueron controladas por empresarios cercanos a Yeltsin. Fue un proceso poco transparente –corrupto, como suele calificarse en la literatura-, que no tuvo cuestionamiento ni fiscalización por parte del gobierno, en buena medida debido a que fue este selecto grupo, el de los denominados “oligarcas”, el que financió la campaña de reelección de Yeltsin en 1996 (Cooper, 2009). A partir de su capacidad de lobby, los oligarcas lograron manipular el proceso de privatización a su favor, logrando construir una enorme fortuna desde entonces (Tompson, 2011).

Siguiendo el exhaustivo estudio de Guriev y Rachinsky, podemos definir al Oligarca como un “*businessman (and the list of oligarchs include only men) who controls sufficient resources to influence national politics*” (Guriev y Rachinsky, 2005: 132), incluyendo a empresarios como Roman Abramovich, Vladimir Potanin, Mikhail Khodorkovsky y Vagit Alekperov. A pesar de su poder, los oligarcas no lograron entrar en los sectores estratégicos del gas, la energía y la manufactura de maquinaria (los dos primeros controlados por los monopolios estatales de Gazprom y la United Energy Systems), llegando sin embargo a controlar el 72% de las ventas de petróleo, el 80% de las de aluminio y el 73% de las





de oro, entre otras en 2001 (2005: 137). La venta fraudulenta de empresas estatales estratégicas tuvo como una de sus principales consecuencias la concentración de la economía rusa a niveles altísimos, en torno a este pequeño grupo, estimándose que para 2001 un 85% del valor de las 64 mayores compañías privadas era controlado por sólo 8 *shareholder groups* (Tompson, 2004: 2).

Sin embargo, como fue mencionado anteriormente, con la llegada de Vladimir Putin al poder la cómoda situación de los oligarcas comenzará a cambiar. En el marco del proceso de fortalecimiento estatal llevado adelante por Putin la presencia e influencia de los oligarcas se transformará en un obstáculo importante: su red debía ser desarticulada. El nuevo presidente ruso comenzará un proceso cauteloso de debilitamiento del poder e influencia de los oligarcas. No podía atacarlos directamente puesto que a inicios de siglo un enfrentamiento con este grupo amenazaba la estabilidad económica y política del país, decidiendo entonces tomar algunas medidas que darían una clara señal de que el vínculo oligarcas – Kremlin había cambiado. La primera “víctima” de esta estrategia fue el oligarca de los medios de comunicación Vladimir Gusinskii, quién fue blanco de una investigación con cargos criminales (había apoyado a los oponentes de Putin en las elecciones de 1999/2000), seguido por Boris Berezovskii y Vladimir Potanin (Tompson, 2004).

En dichos casos, Putin intervino en defensa de los investigados (liberándolos y facilitando el cierre de los procesos judiciales) para evitar una confrontación mayor. De todas formas dio una clara señal de cambio, que se hará evidente en 2003 con el caso más polémico de “persecución política” contra el clan de oligarcas, el denominado “Yukos Affair”. Como afirma Sakwa (2008), la detención del multimillonario de la industria petrolera Mikhail Khodorkovsky marca el inicio de un nuevo periodo en la política rusa, demostrando con dicha acción que existían condiciones distintas en las que los empresarios y gran parte de la elite (salvo los *siloviki*) serían considerados como funcionarios, y ya no como socios.

Dicha detención se produce en Octubre de 2003 bajo acusación de evasión de impuestos y corrupción (se incluyeron incluso cargos de asesinato), cargos vinculados principalmente con el proceso de privatización de la compañía Yukos, adquirida por Khodorkovsky a partir de su banco Menatep (uno de los primeros bancos privados a partir de la reforma) en el marco del programa *loans for shares*

en 1996 (Brill, 2004). Hábil hombre de negocios, Khodorkovsky sacó provecho del caótico proceso de privatización aquí descrito para comprar las instalaciones de Yukos por 300 millones de dólares, cuando el valor estimado de la compañía en la época era de 30 mil millones, reportando entonces una ganancia de más del 100% (Gutiérrez del Cid, 2010: 23). Junto con ser arrestado el gobierno decide congelar las acciones de su empresa, bajando el precio de éstas llevando finalmente a Yukos a la quiebra (Gutiérrez del Cid, 2008). A pesar de que muy probablemente existiesen motivos de sobra para juzgarlo por corrupción y evasión de impuestos en las diversas medidas que tomó para construir su fortuna, esa no fue la causa de su arresto (considerando además que se enriqueció del mismo modo que el resto de los oligarcas, por lo que no se justificaría que lo apuntaran sólo a él).

El real motivo es de carácter político, y dice relación con el quiebre del pacto no escrito entre gobierno y oligarcas según el cual los últimos conservaban sus riquezas (muchas de ellas obtenidas ilegalmente) bajo la condición de no involucrarse en política. La ambición política de Khodorkovsky lo llevará a utilizar su riqueza para crear partidos de oposición a Putin, a intentar romper el monopolio estatal sobre oleoductos y gasoductos con el control de Yukos, y a acercarse a Washington, todo con vistas a alcanzar la presidencia de Rusia, motivos suficientes para que Vladimir Putin decidiera sacarlo del sistema (Gutiérrez del Cid, 2010). Un detalle no menor es que el arresto de Khodorkovsky se produce cuatro semanas antes de las elecciones parlamentarias de 2003, en las que a partir de la compra de votos de la mayoría de los candidatos esperaba lograr el control de la Duma (Cámara Baja), primer paso para llegar a la presidencia (Gutiérrez del Cid, 2008). No sólo rompió el pacto no escrito, sino que intentó ganarle la pulseada a Vladimir Putin y tomar su puesto, ambición que lo llevará finalmente tras las rejas.

El establecimiento de esta nueva elite fue uno de los principales resultados del caótico proceso de reforma vía “terapia de shock” de la administración Yeltsin, la que sin embargo tuvo éxito en su objetivo de mover la economía estatal hacia el sector privado (Desai, 2005), considerando que ya en 1995 un 47% de las empresas tenía la categoría de privada (Sánchez, 2002: 55). En 1991, justo antes de la caída definitiva de la Unión Soviética, el 5% del PIB ruso se generaba vía privados, cifra que salta a un 70% en 1997, disminuyendo a un 65% en 2005 (Cooper, 2009: 14), ilustrando de buena forma el paso del



régimen soviético al *shock* de Yeltsin, para llegar al periodo Putin y su búsqueda por devolver poder al Estado. En la “década perdida”, como suele denominarse en la literatura al periodo económico de los 90’, Rusia logró convertirse en una economía de mercado, con “características rusas” que transforman al sistema en una especie de “Capitalismo Oligárquico” (Rutland, 2008).

A pesar de esto, en términos económicos el primer gobierno de la Rusia post soviética quedará marcado por las cifras negativas, especialmente a partir de la crisis económica de 1998, que dio cuenta de la debilidad de las políticas económicas implementadas por Yeltsin (Cooper, 2009). En términos generales, durante su mandato el PIB ruso cayó un 30%, se llegó a altísimos niveles de inflación (2.000% en 1992, y sobre 800% en 1993 hasta un tolerable, pero de todos modos alto 20% a fines de los 90’), los ingresos estatales vía recaudación de impuestos descendieron un 25% en términos reales entre 1993 y 1999, empeoró la calidad de vida de la población (disminuyó la esperanza de vida desde los 64 a los 59 años para hombres, y de los 74 a los 72 para mujeres entre 1991 y 1999, respectivamente), junto con alcanzar un alto nivel de concentración de la economía y experimentar una importante fuga de capitales próxima a los 150 billones de dólares entre 1992 y 1999 (Cooper, 2009: 2-3). De igual forma, la población sufrió de un alza en los precios de un 160% en 1991, 2.000% en 1992 y 251% en 1994, junto con experimentar una caída de 15 a 20% en la producción de la economía nacional, y aumentar el déficit presupuestario de 20 a 30% en 1991 (Bali et al., 2013: 8).

Los resultados negativos llegan a su punto máximo con la crisis de 1998, causada principalmente por la acumulación de deuda para financiar el déficit presupuestario, junto con importantes factores externos como la caída abrupta del precio de los *commodities* y la crisis asiática (Cooper, 2009). A nivel interno, en verano de 1998 confluye una crisis industrial con el estancamiento del sector servicios, la marginación del sector agrario, el colapso del sistema bancario y la ya mencionada quiebra fiscal del Estado. Para lograr la estabilización económica del país se nombra Eugeni Primakov como primer ministro, desarrollando una política de estabilización del rublo (muy devaluado por la crisis) y una de control sobre los bancos, logrando cierta estabilidad pero a un alto costo, al desfavorecer los intereses de los oligarcas y tensionar así la situación política del país, siendo destituido en mayo de 1999 (Sánchez,

2002). Su sucesor será Vladimir Putin.

Ahora bien, la vulnerabilidad de Rusia ante *shocks* externos va a ser un problema grave de difícil solución para la nueva administración. Dicha debilidad se explica en buena medida por el desarrollo de un proceso de transformación estructural incompleta, en la que no se establecieron instituciones apropiadas para acompañar los procesos de liberalización, privatización, estabilización y apertura. En esta línea, en el trabajo de Bali et al. (2013) se argumenta que por la amplitud de la transformación (que fue de una economía centralizada y planificada, a una descentralizada y liberalizada), esta debería haber ido acompañada de una producción de instituciones capaces de sostener el conjunto de las reformas.

En esta “negligencia institucional” no se consideró la importancia de establecer un sistema jurídico capaz de regular la gestión de contratos y la negociación entre empresas, además de un sistema de estructuras reguladoras que aseguren, por ejemplo, un funcionamiento sano del sistema financiero (Bali et al., 2013). De igual forma, Tompson destaca la debilidad política y administrativa del Estado en la “era Yeltsin” como uno de los factores explicativos del limitado e irregular avance de las reformas (Tompson, 2011). Será sobre dicho contexto de crisis y debilidad institucional que Vladimir Putin comenzará a planificar su política económica, una vez llegado al poder a fines de 1999 e inicios de 2000.

Como analizamos anteriormente, uno de los objetivos centrales de su administración será el restablecer el poder del Estado, aspiración que sólo podía llevarse adelante con reformas profundas que establecieran un entramado institucional sólido que fuera capaz, por ejemplo, de recaudar de forma eficiente los impuestos (la evasión fue un problema no resuelto en la administración Yeltsin, sobre todo de las grandes empresas), de llevar a cabo proyectos de infraestructura a largo plazo como el East Siberian Pacific Ocean (ESPO) pipeline, junto con el recuperar el control estatal de sectores económicos estratégicos, involucrando nuevamente –aunque no al extremo soviético- al Estado en la economía (Sakwa, 2008). Podemos entonces establecer una diferenciación entre las reformas que afectan al sistema económico en su dimensión institucional/administrativa, y aquellas medidas que buscan restablecer el control estatal de los recursos energéticos del país.

Desde su llegada al Kremlin Vladimir Putin planificó e implementó una política de reforma económica



profunda basada en los pilares de una cuidadosa política monetaria, la consolidación fiscal, y transformaciones estructurales “micro” para completar la infraestructura legal/organizacional básica de la nueva economía de mercado rusa (Tompson, 2011). Gran parte de estas medidas comenzaron a implementarse en los primeros años de la administración Putin, destacándose las siguientes (Sánchez, 2002: 66-68):

- *Política presupuestaria*: su objetivo central fue lograr una estabilidad presupuestaria independiente de las coyunturas internacionales, alcanzar superávits presupuestarios, mejorar el sistema de recaudación, controlar el sistema de gastos y aumentar la transparencia.
- *Política de ingresos*: basada en una reforma impositiva de carácter equitativo, orientada a reducir la carga impositiva y simplificar su sistema (se busca además mejorar las normas y codificaciones, así como los controles), junto con una reforma al sistema arancelario.
- *Política monetaria*: ejecutada por el Banco Central de Rusia, actuando como entidad independiente en busca de reducir el nivel de inflación y mantener un rublo fuerte respecto de las monedas extranjeras.
- *Políticas sectoriales*: enfocadas en los sectores agrícola (mejorar efectividad de la producción, garantizar la seguridad alimentaria, elevar el nivel de vida en el campo y conservar los recursos naturales del país), industrial (aumentar competitividad y nivel tecnológico en el sector) y de servicios (concentrándose en la informatización y las telecomunicaciones).
- *Políticas estructurales*: centradas en un reordenamiento del sector público (compra de empresas que sean estratégicas por parte del Estado, y ventas de aquellas que no se consideren así) y del sistema bancario (lograr estabilidad en el sector y acrecentar condiciones de competencia, cambiando para esto las formas de contabilidad homologando con las occidentales, diversificando los productos financieros, desarrollando un nuevo sistema de indicadores, entre otras medidas).

De forma paralela, Putin consideró necesario dotar de mayores facultades a la Fiscalía General y al Tribunal de Cuentas para combatir la corrupción, como parte de la ya analizada lucha contra las elites establecidas desde la era Yeltsin (Sánchez, 2002).

En la práctica, el proceso de reforma fue avanzando a velocidades distintas según las prioridades del gobierno. Por ejemplo, ya en el año 2001 se implementó una reforma en los impuestos creando un nuevo código y estableciendo un *flat tax* del 13%, lo que permitió reducir significativamente la evasión y lograr buenas cifras en las entradas fiscales desde entonces. Entre 2001 y 2004, el gobierno ruso liberalizó

y simplificó los procedimientos para las corporaciones (registro, licencia e inspecciones), mejorando el clima de negocios para los pequeños empresarios, a lo que se agrega durante dicho periodo una política macroeconómica conservadora y una reforma al sector financiero, bajando las tasas de interés e impulsando la inversión y el consumo (Guriev y Tsyvinski, 2010: 14-15).

La evasión de impuestos fue uno de los principales problemas heredados desde la administración Yeltsin debido en gran medida a la inexistencia de un entramado institucional efectivo capaz de recolectar y fiscalizar, siendo común la práctica de irregularidades por parte de los empresarios, quienes preferían no pagar impuestos y arriesgarse a ser sancionados. La gravedad de esta situación explica el por qué tan tempranamente se tomaron medidas al respecto, con una reforma que junto con lo antes descrito centralizó la colecta de impuestos en un ministerio, eliminando la competencia entre diversas agencias recaudadoras. Otra prioridad gubernamental fue la búsqueda por mantener un balance fiscal prudente, siendo establecido para tal fin un “fondo de estabilización” en 2004, nutrido a partir de las entradas del petróleo (Cooper, 2009).

Entre 2000 y 2003 se aprobaron una serie de leyes orientadas en la misma dirección, que intentaron regular situaciones como la bancarrota y el lavado de dinero, junto con implementar las reformas en los sistemas bancario y judicial, adoptando nuevos códigos de procedimiento para las cortes, evitando contradicciones entre legislaciones para terminar con los abusos que éstas permitían (Tompson, 2011), además de llevar adelante una reforma al sistema de pensiones y el lanzamiento en 2005 de los “national projects” para fortalecer los sistemas de educación, salud y vivienda (Cooper, 2009). Sin embargo, este impulso inicial de reforma perderá fuerza a partir del segundo mandato de Vladimir Putin (2004 – 2008), en buena medida debido al *boom commodities* y el efecto positivo que tuvo sobre la economía rusa, dejando atrás la sensación de “urgencia” por cambios estructurales (Tompson, 2011).

En el marco de dicha coyuntura internacional favorable el Kremlin comenzará un proceso de restablecimiento del control estatal sobre los sectores estratégicos. Desde el punto de vista de Putin, quién nunca estuvo contento con el caótico proceso de privatización de los 90’, el recuperar el control de las industrias del gas y el petróleo constituía un paso clave en su búsqueda por fortalecer el poder del



Estado (Kelly, 2010), realizándolo a partir de dos mecanismos: la compra directa de empresas en dichos sectores estratégicos, y el control de los directorios en empresas importantes.

El puntapié inicial del proceso se da a partir del ya analizado “Yukos Affair”, desarrollándose de la siguiente manera. Luego de la adquisición de la quebrada empresa Yukos (por la suma de 7 mil millones de euros) por parte del consorcio bancario Baikal, la otrora empresa del oligarca Khodorkovsky es transferida a la corporación petrolera estatal Rosneft, la que a su vez en 2004 declara su intención de fusionarse con el gigante gasífero Gazprom, aumentando las acciones del Estado en esta última de un 38% a un 51% (Gutiérrez del Cid, 2008: 147). Con esta serie de transferencias Vladimir Putin lograba incorporar la empresa de Khodorkovsky en el dominio del Kremlin, y al mismo tiempo, controlar al gigante Gazprom, en una jugada calculada y perfecta.

Una vez controlado Gazprom, el gobierno continuará por la misma senda realizando un gran número de compras estratégicas entre 2004 y 2007 (en los rubros del petróleo, la aviación, los equipos de generación de energía, maquinaria y finanzas, entre otros), las que incluyeron (Cooper, 2009: 14): en el dominio del petróleo, la adquisición por el Kremlin de las compañías Sibneft y Sakhalin Energy, pasando a controlar de un 18% en 2004 a un 50% de la industria en 2007; a través de la empresa estatal de defensa Rosoboronexport la toma de control de Avtovaz, principal productor de automóviles del país; tomó control del 60% de VSMPO-Avisma, compañía que cuenta con dos tercios de la producción de titanio a nivel mundial; por último destaca en 2007, la compañía United Aircraft Building Corporation, controlada en un 51% por el gobierno, combina todas las compañías rusas productoras de aviones.

Respecto del segundo mecanismo utilizado por el Kremlin para lograr un mayor control de los sectores estratégicos, encontramos una política de posicionamiento de miembros del ejecutivo en el directorio de empresas, destacando los siguientes casos (Rutland, 2008: 6): desde el staff mismo de Putin, Igor Sechin reemplazó a German Gref (Ministro de Desarrollo Económico y Comercio) como director de Rosneft; se posicionó al asistente presidencial Viktor Ivanov como director de las compañías de armamento Aeroflot y Almaz-Antei, y al también asistente Igor Shuvalov en la dirección de Sovkomflot; al viceprimer ministro Sergei Ivanov a la cabeza de la United Aircraft Building Corporation. Junto con



este proceso de retoma del control estatal de la industria estratégica encontramos uno similar en el ámbito bancario, iniciado de igual forma desde la llegada de Putin al Kremlin, que tuvo como resultado un incremento de las acciones combinadas de los bancos estatales correspondiente a 15,8 billones de rublos a 2010, la estatización vía adquisición de bancos como el *Guta Bank* (en 2004) o el *Promstroybank* (en 2005), y un salto en la participación en el mercado financiero de los bancos estatales de un 30% en 1998 a un 53,7% en 2010 (Vernikov, 2010: 6).

La implementación sin grandes contratiempos de las reformas y políticas antes descritas se explica en buena medida por un contexto favorable para el Kremlin, que combinó desde inicios del siglo XXI un Estado ruso con el dinero, gracias a los altos precios del petróleo y a sus 200.000 mil millones de dólares en reservas de oro y divisas (Gutiérrez del Cid, 2008: 138), y las capacidades coercitivas para hacer lo que deseara, a lo que se agrega un alto grado de impopularidad de los empresarios privados, haciéndolos vulnerables a la presión estatal (Tompson, 2011). Hasta antes de la crisis de 2008 el gobierno de Vladimir Putin registró uno de los mejores records económicos en la historia de Rusia, logrando un crecimiento del PIB (real) del 6,9% promedio entre 1999 y 2008, comparado con la caída del 6,8% del PIB (real) promedio entre 1992 y 1998 (Cooper, 2009: 5).

Durante los primeros ocho años de la era Putin el estándar de vida de la población rusa mejoró significativamente, registrando un aumento promedio de los salarios (reales) en un 10,5% por año, un incremento de los ingresos (reales) en un 7,9%, junto con una disminución de la tasa de desempleo de un 12,6% en 1999 a un 6,3% en 2008, al igual que la tasa de pobreza desde un 29% (bajo la línea de la pobreza) en 2000 a un 13% en 2007, a lo que se agrega un incremento significativo de las exportaciones (de los 75,5 billones de dólares a los 471,6 billones, un 525%) e importaciones rusas (de los 39,5 billones de dólares a los 291,6 billones, un 640%), logrando la mayor reserva de moneda extranjera del mundo saltando de los 12,5 billones de dólares en 1999 a los 427,1 billones a finales de 2008 (Cooper, 2009: 5-8). En otros ámbitos que pueden indicar de igual forma una mejora en la calidad de vida de la población, encontramos que durante dichos años la penetración de los teléfonos celulares pasó de un virtual cero a más del 100%, el mercado de automóviles ruso se volvió el más grande de Europa, y la desigualdad en





el país al menos no aumentó, manteniendo un coeficiente de Gini cercano al 0.42 (Guriev y Tsyvinski, 2010: 12-13).

La crisis internacional de 2008 dio cuenta nuevamente de la debilidad de la economía rusa, expandiéndose rápidamente en el marco del proceso de globalización golpeando a Moscú tras 10 años de auge económico (Sutyurin, 2009). Al igual que en 1998, *shocks* externos afectaron dramáticamente el ritmo que hasta entonces llevaba la economía del país, esta vez relacionados con una drástica caída del precio internacional del petróleo a menos de \$40 el barril, menos de un cuarto de su valor en 2007, experimentando los metales –otro de los productos centrales exportados por Rusia- una caída similar (Guriev y Tsyviniski, 2010: 16). A esto se suma el aumento de la desconfianza de los inversionistas y la desaceleración de los préstamos bancarios, lo que tuvo como resultado una caída del 9% del PIB entre enero y marzo 2009, registrando déficit por la primera vez desde la llegada de Putin al poder (Tompson, 2011: 257). Asimismo, se experimentó un aumento de la tasa de desempleo de un 6,1% en 2007 a un 8,4% en 2009, junto con un descenso significativo en las exportaciones e importaciones pasando de los 520 y 367 billones de dólares en 2008, a los 343 y 251 billones de dólares en 2009, respectivamente (Valdai, 2013: 22-23).

Sin embargo, la situación de crisis no durará por mucho tiempo. Esto último gracias a una estabilización rápida de los precios internacionales del petróleo, llegando a los \$60 en 2009 y a los \$80 aproximados el barril para 2010 (Barnes, 2011: 2), junto con una respuesta prudente por parte del gobierno en busca de evitar un colapso del sistema bancario. Ésta consistió principalmente en la implementación de una política de estímulos fiscales masivos para impedir la caída de alguno de los grandes bancos del país (Guriev y Tsyvinski, 2010), lo que explica el que en la literatura al respecto suele caracterizarse a la respuesta del Kremlin como “prudente”. Luego del significativo descenso del PIB experimentado entre 2008 y 2009 (que pasó de los 1.661 billones a los 1.223 billones de dólares en el marco de la crisis), se pudo ver ya en 2010 una leve pero clara recuperación llegando a los 1.488 billones de dólares, alcanzando en 2011 los 1.850 billones de dólares (Valdai, 2013: 22-23).

A pesar de dicha estabilización, la situación de la economía rusa a partir del tercer mandato de Vladimir

Putin no da muestras de recuperar el dinamismo de inicios de siglo, y muy por el contrario, da señales de una posible situación de *stagnation* o estancamiento a partir de la desaceleración del crecimiento del PIB, pasando del 4,5% registrado en 2010 a un 4,3% en 2011, 3,4% en 2012, y un aproximado de 1,3% para 2013 (Oxenstierna, 2014: 19). Las políticas anunciadas por el Kremlin a partir del Programa Económico 2013 – 2018 dan cuenta de la intención de mantener la estrategia de aumento de la intervención estatal en la economía, en vez de buscar la profundización de las políticas de libre mercado (Oxenstierna, 2014), orientación que podría no estar apuntando a la solución de los principales problemas aún no resueltos en la economía rusa.

Respecto de esto último encontramos un esperanza de vida aún baja respecto de los promedios en países desarrollados (73,2 años para mujeres y 60,4 años para hombres), existiendo asimismo graves problemas de alcoholismo y tuberculosos –esta última enfermedad prácticamente desapareció en los países desarrollados-, una alta tasa de mortalidad (0,3% en el periodo 2002 – 2008) en una población que tiende a la baja, situación que se hace más compleja por un sistema de salud precario y poco eficiente (Cooper, 2009: 7). Como consecuencia de lo anterior Rusia se enfrenta a un problema demográfico importante, en la medida que la población en edad de trabajar disminuye año a año (Agabekian, 2013).

De igual forma, al analizar la economía rusa actual encontramos una serie de problemas estructurales (Guriev y Tsyvinski, 2010: 13; OECD, 2013: 4): la tasa de inflación aún se mantiene alta (sobre 10%, la mayor entre los miembros del G-20); no se han logrado avances significativos en términos de corrupción; la desigualdad no subió, pero se mantiene en un promedio alto; existe un bajo nivel de productividad; la ya mencionada corrupción se mantiene debido a una legislación débil (*weak rule of law*); y por último, siendo el problema estructural más grave en la situación económica actual de Rusia, las políticas y reformas aplicadas desde inicios de siglo fallaron en su intento por diversificar la economía del país, manteniendo una situación de extrema dependencia en la exportación de recursos naturales (especialmente petróleo y gas).

Este último aspecto, que ha sido el foco de análisis de un gran número de estudios preocupados por el establecimiento del “mal holandés” (*Dutch disease*) en Rusia, se ha transformado en el principal talón



de Aquiles de Moscú. Sin embargo, a pesar de dicha situación de dependencia Vladimir Putin ha sabido transformar tales recursos en un instrumento de diplomacia y política exterior, otorgándole mayores capacidades de poder e influencia en su entorno cercano e incluso en Occidente, en el marco de la crisis de Ucrania.

*b) La dependencia en los recursos energéticos: problema y oportunidad*

A pesar de estar lejos de alcanzar los primeros lugares en los rankings mundiales a nivel de economía, situándose lejos de China y Estados Unidos al posicionarse noveno en términos de PIB precios corrientes y sexto en PPP en 2014 (Knoema, 2014), Rusia lidera en diversos ámbitos del mercado energético al poseer 15% de las reservas probadas de hidrocarburos (Varol, 2013: 131). Comenzando por el petróleo, el principal recurso de poder económico del país junto con el gas natural, Rusia cuenta con una de las reservas más importantes de petróleo del mundo, la séptima en 2011 (Lough, 2011: 2), y ha disputado desde 2009 el primer lugar en producción del mismo con Arabia Saudita, año en el que sobrepasa a la economía árabe (Benedictow *et al.*, 2010: 7), estableciéndose como el segundo exportador de dicho hidrocarburo en 2013 (Bali *et al.*, 2013: 40).

Cuenta con la segunda reserva de carbón del mundo (Lough, 2011: 2) y la primera de gas natural, casi dos veces mayor que la del país que lo sigue, representando aproximadamente un cuarto de las reservas mundiales de gas (Varol, 2013: 154). Posee además 15 mil kilómetros de oleoductos destinados al transporte de petróleo, y alrededor de 152 mil kilómetros destinados al gas natural, representando la red de gasoductos más grande del mundo, controlada directa o indirectamente por el Estado ruso, atravesando Ucrania, Bielorrusia y Moldova, entre otros países del entorno cercano ruso. En este contexto la empresa estatal Transneft juega un rol fundamental, ejerciendo un monopolio en el control del sistema de oleoductos (Varol, 2013: 168), lo que la sitúa a un nivel similar al de Gazprom en cuanto a su capacidad de influencia internacional.

Hasta ahora, todo pareciera indicar que Rusia cuenta con una posición ventajosa en cuanto a la posesión de materias primas e hidrocarburos, siendo “bendecida” con un territorio rico en dichos recursos. Sin

embargo, lo que parece ser una bendición puede transformarse rápidamente en un severo problema, especialmente cuando la posesión de grandes cantidades de un recurso (o de un reducido número) genera una situación de dependencia en la exportación del mismo, siendo justamente el caso de Rusia. A pesar de lanzar una política de diversificación en 2003, y de manifestar a partir de un discurso de Vladimir Putin en 2011 el deseo de acelerar dicho proceso para renovar la economía nacional, el Kremlin no ha logrado salir de la situación de “hiperdependencia” en los hidrocarburos, representando un 80% de sus exportaciones en 2013 (Bali *et al.*, 2013: 39).

Junto con poner a la economía en una situación de exposición ante *shocks* externos (en especial ante variaciones bruscas del precio de los hidrocarburos), una concentración tan significativa en el sector de los recursos naturales y energéticos podría generar un contagio del país con la denominada *Dutch disease*, o enfermedad holandesa, consistente en la caída de la producción y desarrollo del sector manufacturero como consecuencia de la venta masiva de recursos primarios (Bali *et al.*, 2013: 47). Tal diagnóstico no es compartido de forma unánime por los expertos, existiendo visiones opuestas en cuanto a la interpretación de los “síntomas” que ha presentado la economía rusa en los últimos años (Varol, 2013), lo que no borra el hecho de que tal grado de dependencia en el petróleo y el gas natural deja a Rusia en una incómoda posición de vulnerabilidad externa.

Hecha esta primera descripción podemos retomar nuestro enfoque teórico para analizar la utilización por parte del Kremlin de los recursos energéticos del país, a pesar de la hiperdependencia, como un instrumento para influenciar y proyectar poder en el sistema internacional. Desde el punto de vista de Putin, el fortalecimiento de las capacidades económicas de Rusia constituye un movimiento clave en su búsqueda de reposicionamiento global. En el marco de dicho proceso, y considerando los recursos que posee el país, la energía se transforma en un elemento estratégico que le permite a Moscú proyectar poder internacionalmente y lograr prestigio (Lough, 2011). El petróleo y el gas natural entonces se consideran como elementos garantes de la posición internacional del país (Brill, 2004), los que a su vez le permiten a Rusia disputar espacios y áreas de influencia geopolítica con Estados Unidos y la UE (Gutiérrez del Cid, 2008).



Siguiendo el análisis de Repeuskaya (2010), la posesión de tal cantidad de recursos le permite a Rusia posicionarse como una “superpotencia energética”, en buena medida debido a la habilidad de Vladimir Putin para integrar la política exterior con la política energética del país (Lough, 2011). Los recursos energéticos rusos se transforman en una verdadera “arma diplomática” (Bali *et al.*, 2013) orientada a facilitar el cumplimiento de los objetivos internacionales del Kremlin. Tal idea comenzará a ser incluida en diversos documentos oficiales, como la “2003 Energy Strategy” en la que se establece que dichos recursos se consideran como un instrumento para conducir las políticas internas y externas, determinando la influencia geopolítica del país (Lough, 2011), o la “National Security Strategy to 2020” en donde se explica que *“el potencial de recursos de Rusia es uno de los factores que ha expandido las posibilidades de la Federación Rusa para fortalecer su influencia en la arena global”* (Nichol, 2014: 41)<sup>2</sup>.

El factor que determina la enorme capacidad de influencia de Rusia en el mercado internacional energético dice relación con la dependencia establecida entre Moscú y sus principales socios comerciales, tanto en términos de intercambio comercial como del ya mencionado monopolio ruso de gran parte de las vías de transporte de gas y petróleo en la región. Partiendo por su vínculo con la UE, especialmente complejo en la actualidad en el marco de la crisis de Ucrania, se caracteriza por una histórica interdependencia observable en las cifras de importaciones europeas de gas natural y petróleo ruso. En 2004 la UE dependía de Rusia en un 29% de su consumo de gas natural y un 26% de petróleo, cifra que aumentó en 2008 a un 40% y 33% respectivamente (Cooper, 2009: 1), registrando niveles menores pero de todas formas significativos en la actualidad, con un no menor 30% de dependencia de la UE del gas natural ruso (Nichol, 2014: 36).

La dependencia va hacia los dos lados, puesto que Europa es el principal mercado de exportación del gas ruso, representando un 53% de las exportaciones de dicho recurso en 2011 (Nichol, 2014: 36), y un 95% de las exportaciones de Gazprom –incluyendo a Turquía- hacia Estados fuera de la Comunidad de Estados Independientes (Lough, 2011: 3). Dicha situación, sin embargo, no ha desalentado al Kremlin en su búsqueda por proyectar una estrategia (para algunos autores “agresiva”) de diplomacia energética hacia el viejo continente, tratando de mantener su posición predominante a partir de constantes

---

2 Traducción del autor (inglés a español).

intentos por frustrar las alternativas de suministro de gas natural de Europa, como el proyecto *Southern Corridor*, presentando incluso una iniciativa rival a partir de un acuerdo entre Gazprom y la firma italiana ENI para construir una red que conecte Rusia con Bulgaria a través del mar negro, con ramas hacia Austria e Italia (Nichol, 2014).

La lucha por los corredores forma parte de lo que se conoce en la literatura como la *pipeline diplomacy* (diplomacia de los oleo/gasoductos), utilizada regularmente por el Kremlin para dividir a la UE con una estrategia al estilo “divide y vencerás”, vinculándose con aquellos países que tengan mayor peso estratégico (Repyeuskaya, 2010). Es el caso del proyecto de la *Nord Stream*, iniciativa que buscó conectar directamente a Alemania con Rusia a través del mar báltico, haciendo un *bypass* a Bielorrusia, Polonia y los Estados bálticos, territorios por los cuales tradicionalmente circulaba el gas natural ruso hacia el país teutón (Repyeuskaya, 2010). Visto desde Alemania como una excelente oportunidad para asegurar las importaciones de energía, y desde Rusia como un lucrativo negocio que facilita la relación comercial con Berlin (Hazakis y Proedrou, 2012), el proyecto consiste en una red con capacidad total de 55 billones de metros cúbicos por año, comenzando a funcionar en 2011 (Nichol, 2014: 36). El recurso energético se transforma en un importante activo ruso para modificar el vínculo con Europa a su favor, explotando la incapacidad de la UE para responder con una voz única. Como resultado de esta nueva etapa de relacionamiento, se han establecido una serie de “*energy dialogues*” con la UE en 2000 y con Estados Unidos en 2003, sin grandes resultados (Lough, 2011).

Por otro lado encontramos la situación de los países bálticos y la Comunidad de Estados Independientes (CIS, por sus siglas en inglés), aún más compleja debido a que la dependencia establecida en materia energética es aún mayor que la de la UE (Woehrel, 2009). Las presiones políticas rusas a partir de la “carta energética” comenzaron a experimentarse ya en los 90’ en el marco del proceso de desmembramiento de la Unión Soviética, partiendo con la decisión del gobierno ruso de cortar el suministro energético exportado a Lituania tras declarar su independencia en 1991. Dos años más tarde fue el turno de Estonia y Ucrania (Kiev se enfrentó a un corte nuevamente en 1995), ambos casos por motivos políticos, y el de Moldavia en 1998 en el marco del conflicto por Transnistria. En ninguno de los casos



antes mencionados Moscú logró ejercer presión efectiva y cambiar el comportamiento de los gobiernos atacados (Fredholm, 2005: 17-18).

Con la llegada del nuevo siglo y la consolidación del auge económico ruso, la *pipeline diplomacy* comenzará a tener mayor efectividad. Se contabilizan más de 40 interrupciones –o amenaza de interrupción- entre 1991 y 2008, siendo más frecuentes a partir del 2000 con la llegada de Vladimir Putin al poder y el *boom* económico ruso, que otorgó mayor capacidad de presión al Kremlin sobre sus países vecinos, como vemos en los siguientes casos (Lough, 2011: 8-10): partiendo por Lituania, experimentó entre 1998 y 2000 nueve interrupciones de suministros de petróleo a la refinería Mazeikiu como medida de presión rusa para evitar su venta a una firma estadounidense, siendo nuevamente interrumpido el flujo en 2006 luego de una nueva venta –esta vez a una empresa polaca- y la explosión de un oleoducto; Letonia por su parte experimentó un intento ruso de ganar control sobre el puerto de Ventspils, un importante terminal de petróleo y sus derivados, a partir de la restricción de sus exportaciones, decidiendo finalmente *bypassear* dicho puerto vía el mar báltico utilizando la nueva red “Baltic Pipeline System”, inaugurada en 2001; Estonia vivió un repentino corte en las exportaciones de petróleo y carbón por el puerto de Tallin en 2007, como respuesta a la decisión de reubicar un memorial de guerra soviético, iniciativa que generó malestar en Moscú; Bielorrusia también ha experimentado este tipo de presiones, experimentando cortes de suministro en 2007 y 2010 por disputas en cuanto a precios y deudas; por último podemos tomar el caso de Ucrania, que ya entre 2006 y 2009 sufrirá cortes de suministros de gas como medida de presión desde Moscú, en especial desde la llegada del pro occidental Victor Yushchenko al poder.

Kiev seguirá siendo el principal punto de tensión en el entorno próximo de Moscú, especialmente desde el inicio de la crisis de Crimea en 2014 y su posterior anexión a la Federación Rusa, generando un conflicto diplomático y militar a gran escala que se mantiene en la actualidad. El involucramiento de Occidente en lo que para Rusia es un conflicto vecinal va a accionar la aún relevante *pipeline diplomacy* como instrumento de presión, utilizando la “carta energética” ya en junio de 2014. Lo hizo a partir del corte de suministros de gas natural a Ucrania acusando el no pago de una deuda de 5,3 billones



de dólares, lo que generó preocupación en el resto de Europa debido a la proximidad del invierno y la necesidad de mantener las importaciones rusas de dicho recurso. En lo que podría considerarse como una concesión –o un “triumfo”- para el Kremlin, tras esta medida la UE decidió retrasar la firma de un acuerdo de libre comercio con Ucrania hasta 2016 (BBC, 2014; Le Figaro, 2014).

A partir de estos ejemplos podemos ver cómo Rusia utiliza sus capacidades económicas, fortalecidas gracias a las reformas implementadas desde el año 2000, para posicionarse de mejor forma en la estructura regional de poder, siendo capaz de ejercer presión en su entorno cercano, e incluso en Europa occidental. No sólo presiona, sino que aplica un mecanismo de coerción no militar, siendo un buen ejemplo de *hard power* a partir de capacidades económicas, las que en el sistema internacional contemporáneo adquieren cada vez más relevancia en una tendencia ya identificada por Keohane y Nye a finales de los 70' (Keohane y Nye, 1977). Desde el punto de vista de Vladimir Putin, la economía es el pilar fundamental sobre el cual se sostienen todas las pretensiones de retorno al *status* de potencia y del renacer ruso (Gutiérrez del Cid, 2010), por lo que se justifica un tratamiento más extenso como el aquí realizado.

Una vez consolidada su economía (a pesar de contar con defectos estructurales), y restablecida su posición dominante en la estructura de poder regional, el gobierno de Putin buscará concretar una tarea irresuelta en la era Yeltsin, la reinserción rusa en el sistema económico multilateral.

### *c) La reinserción de Rusia en el ámbito multilateral*

Una característica básica de toda potencia es su presencia global, es decir, su capacidad para insertarse en todos los foros en que se tomen decisiones importantes para la comunidad internacional. La implosión de la Unión Soviética dejó al nuevo país en una situación de aislamiento significativo, del que no pudo salir en la era Yeltsin (con la excepción del ingreso de Rusia al G-7, transformándose así en G-8 en 1998), dejando pendiente dicha tarea para la siguiente administración. El gobierno de Vladimir Putin tomó en serio este problema, estableciendo como prioridad la reintegración de Rusia en instituciones multilaterales como la OMC y la OCDE, desde una perspectiva liberal de apertura





que incluyó la firma de más de 70 acuerdos de promoción y protección de inversiones, junto con demostraciones públicas de crítica ante tendencias proteccionistas en foros como el G-20, APEC y el BRICS (Beltramino, 2012: 2).

Los procesos de adhesión a la OCDE y a la OMC inician en los 90', el primero en 1996 con la petición oficial de ingreso a la organización (siendo aceptado como miembro recién en 2007), y el segundo en 1993, con la primera aplicación de Moscú para acceder al GATT. Este último proceso no tomará el impulso necesario debido al poco interés de Yeltsin en darle prioridad, concentrado entonces en otros problemas de carácter interno (Cooper, 2009). Será con la llegada de Vladimir Putin al poder que la búsqueda de reinserción tomará real forma, iniciando nuevamente las negociaciones de ingreso entre 2000 y 2001, las que tras un poco más de una década rinden frutos, concretando el ingreso de Rusia en 2012.

Para Putin, la entrada de Rusia en la OMC es una jugada más en su estrategia de reposicionamiento internacional, como expone en un discurso en 2002, afirmando que el ingreso “*no es absolutamente malo, ni absolutamente bueno*”, y que la OMC “*es una herramienta. Aquellos que saben cómo usarla se hacen más fuertes*” (Fean, 2012: 10). Tras un complejo proceso de negociaciones (18 años) la economía “grande” que faltaba se incorpora al organismo multilateral de comercio, lo que implicó el establecimiento de una serie de compromisos, entre los que destacan (INTA, 2012: 14): en primer lugar, someterse a los términos del GATT, el GATS (en servicios) y el TRIPS (en propiedad intelectual); en segundo lugar, Rusia concretó la firma de 30 acuerdos de acceso a mercado de servicios y 57 para el mercado de bienes, que incluyen medidas relativas a la industria de bienes, a la agricultura, acceso al mercado de servicios, aranceles, derechos de propiedad intelectual, inversión, entre otros.

Entre los aspectos más relevantes se encuentra el acuerdo relativo al arancel máximo, pasando de un 10% a un 7,8%, estableciéndose plazos para los sectores más sensibles de la economía, siendo los más largos el de las aves de corral (8 años) y el de los vehículos de motor, helicópteros y aeronaves civiles (7 años), junto con acuerdos en algunos productos agropecuarios para aplicar aranceles específicos (como el azúcar) y contingentes arancelarios (como las carnes bovinas y porcinas), entre otras medidas

(INTAL, 2012: 7)<sup>3</sup>. A pesar de la exposición de la industria nacional a la competencia internacional que trae consigo el ingreso al organismo, los análisis tienden a destacar los beneficios de la entrada a la OMC, entre los que se incluye un mayor nivel de certeza en los intercambios comerciales con los Estados miembros, especialmente a partir de la capacidad de demandar a quién considere que está violando las reglas OMC (INTA, 2012).

Gana capacidad de influencia, y presencia en el principal espacio multilateral de comercio. Sin embargo, queda expuesto a demandas de otros miembros y a las críticas de la organización a través de la elaboración de informes sobre el avance en los compromisos. Dichas investigaciones suelen remarcar los problemas estructurales antes analizados, siendo el caso del informe de abril 2013, en donde se hace un llamado –a partir de recomendaciones- a modernizar la economía rusa, fortalecer el sistema fiscal, el financiero, mejorar el clima de negocios, fortalecer la competencia, mejorar el clima para la inversión extranjera, reducir las barreras de comercio, financiar las pequeñas y medianas empresas, mejorar la efectividad de la administración pública, desarrollar políticas de equidad, y mejorar aquellas en materia de agricultura, entre muchas otras (OCDE, 2013).

Con todo, el ingreso de Rusia en la OMC puede ser considerado como un paso importante en el reposicionamiento del país en el sistema internacional, a lo que se agrega la inclusión de Moscú en otras instancias multilaterales relevantes, como la negociación del protocolo de Kyoto, dando el “sí” en 2005, desbloqueando así el acuerdo (Bali *et al.*, 2013). Junto con estos avances en el ámbito multilateral, en los últimos años se puede identificar una nueva política de forjamiento de alianzas económicas en el entorno cercano ruso, en un intento por parte del Kremlin de consolidar su posición regional y global, rompiendo de paso la dependencia establecida con sus tradicionales socios europeos en el marco de la crisis actual.

#### *d) Los aliados que Moscú necesita: el tratado energético China-Rusia y la Unión Euroasiática*

Como en una partida de ajedrez, Moscú ha ido hilando una estrategia en la que debe tomar consideración de los posibles movimientos del rival, atacando y resguardándose en virtud de las

3 Para mayor detalle sobre las medidas acordadas véase ITC (2012).



circunstancias. La tensión llegó a su punto máximo con la anexión rusa de Crimea, momento en que comienzan a hacerse más duras las sanciones occidentales a una Rusia que aparentemente aguanta bien, pero que sabe que es una situación que no podrá sostener por mucho tiempo. Es en el marco de dicho contexto que Vladimir Putin hace un nuevo movimiento en el tablero, esta vez en busca de aliados que le permitan mantener su estrategia de reposicionamiento, que incluye anexiones territoriales de ser necesario, como quedó demostrado en Ucrania.

No había que ir muy lejos para encontrarlo, teniendo como vecino al motor de la economía mundial: el gigante asiático, China. Las relaciones sino-rusas comienzan a hacerse relevante en los años 50', especialmente en términos políticos/estratégicos en el marco de la guerra fría. Será justamente por la naturaleza ideológica y política del vínculo que experimentarán un prolongado periodo de alejamiento a partir de 1962, cuando los proyectos de Mao Tse Tung y Nikita Khrushchev comienzan a percibirse como incompatibles (Skalamera, 2014), situación que se normalizará a finales de los 70', y con mayor claridad a partir del fin del conflicto bipolar y el inicio del siglo XXI.

Desde la llegada de Vladimir Putin al poder se experimentará un proceso de intensificación del relacionamiento sino-ruso, tanto en términos políticos con un aumento significativo en las visitas oficiales recíprocas y en las manifestaciones de convergencia en asuntos internacionales relevantes (como la seguridad en Asia Pacífico, el programa nuclear de Irán, la crisis de Siria, e incluso la de Ucrania, como se analizará posteriormente), como en el ámbito económico, con el salto del intercambio comercial desde los 6,1 billones de dólares en 2000 a los 78,03 billones en 2011, encontrándose cercano –sino un poco superior- a los 100 billones de dólares en 2014 (Skalamera, 2014: 2).

La composición del intercambio se revirtió, sin embargo. A finales de los 90' Rusia exportaba al gigante asiático mayoritariamente maquinaria y equipo (29,6% para 1998), dejando las materias primas y energéticas en segundo lugar (Sidorenko, 2014: 37). Sin embargo, el peso de estos últimos experimentó un salto al primer plano con un aumento desde el 7,1% en 2000 a un 73,2% en 2012 en exportación de productos minerales, y de un 6,7% a un 67,3% en exportación de hidrocarburos para el mismo periodo (Sidorenko, 2014: 39), dando cuenta del paso radical desde la venta de productos con mayor valor

agregado a China a la exportación de recursos sin mayor elaboración, experimentando el proceso inverso en cuanto a las importaciones desde Beijing (desde productos primarios a bienes manufacturados).

La complementariedad actual de las dos economías representa uno de los principales explicativos de esta nueva etapa. Desde el punto de vista de Beijing Rusia representa una importante fuente de recursos energéticos al ser el mayor exportador de gas natural del mundo, y el segundo de petróleo, sobre todo considerando que desde 2010 China pasó a ser el mayor consumidor de energía a escala global, sin ser capaz de satisfacer las necesidades de dichos recursos con la producción nacional (Sidorenko, 2014: 33). Fuera del ámbito económico, diversos análisis apuntan a un factor geopolítico significativo en lo relativo a la seguridad regional, siendo visto el acercamiento sino-ruso (y en especial el acuerdo del 21 de mayo, a analizar posteriormente) como parte de una estrategia más amplia de cooperación en seguridad orientada a contrapesar el poder e influencia de Estados Unidos en Asia central y oriental (Koch-Weser y Murray, 2014).

Desde el Kremlin encontramos motivaciones distintas pero complementarias. El principal interés de Moscú en China dice relación con la necesidad imperiosa de romper con la dependencia establecida con el mercado occidental, destino de sobre el 70% de las exportaciones rusas de hidrocarburos. Además, existe preocupación debido a que dicho intercambio ha experimentado una contracción significativa a causa de la coyuntura actual, disminuyendo los pedidos de gas ruso por parte de la UE hasta un 12% incluso antes de la crisis (Shi, 2014: 181). No sólo gana en cuanto a la diversificación de sus socios comerciales, sino que también facilita sus exportaciones debido a la cercanía geográfica con el gigante asiático y evita mayores problemas con los países vecinos debido a que no utilizaría oleo/gasoductos en territorios del CIS (Sidorenko, 2014). Por último, al desarrollar su vínculo con China el gobierno ruso aprovecharía de impulsar indirectamente el crecimiento en la compleja región de Siberia y Lejano Oriente (Ruiz, 2014).

La crisis de Ucrania llevó a la estrategia rusa al límite. Sometida a sanciones por parte de Europa y a un aislamiento internacional impulsado desde Occidente, Moscú necesitaba una vía de escape antes de verse obligado a “pestañear”, tomando prestada la clásica expresión de Dean Rusk en la crisis del 62.



Considerando lo antes expuesto no sorprende que dicha vía se encontrara en China, más aún tomando en cuenta que la coyuntura internacional favorecía un acercamiento entre ambos países, especialmente a partir de la tensión generada a raíz de la disputa por las islas Diaoyu/Senkaku y el apoyo estadounidense a Japón, manteniendo su histórico vínculo. A esto se suman las recientes acusaciones de ciberespionaje chino a empresas estadounidenses, provocando un deterioro aún mayor de las relaciones Beijing-Washington, y como consecuencia indirecta, posicionando a Moscú como un aliado estratégico para China, especialmente en términos militares (Shi, 2014).

Considerando dicha coyuntura favorable Vladimir Putin decide aprovechar el momento y viajar a China para realizar una visita oficial en mayo de 2014. En el marco de ésta se cerraron 43 acuerdos en materias que incluyen el apoyo chino para la ampliación del metro de Moscú (una inversión de 1.700 millones de dólares) y una serie de proyectos conjuntos en los ámbitos automovilístico, petroquímico y aeronáutico (Ruiz, 2014: 11), destacando uno sobre el resto: el acuerdo gasífero entre las empresas Gazprom y CNPC. Luego de años de espera Putin lograba cerrar un acuerdo de grandes dimensiones con el gigante asiático, consistente en el suministro de gas ruso a China por un periodo de 30 años en una operación que en total se estima de un valor de 400 mil millones de dólares, exportando 38 billones de metros cúbicos al año a partir de 2020 (Koch-Weser y Murray, 2014: 3).

Como vemos a partir de las cifras, se estima que el periodo mínimo para que las obras finalicen y el suministro comience a fluir a China sea de cinco años, por lo que antes de 2020 el volumen exportado -desde Sajalín y Yakutia- no superaría los 12 billones de metros cúbicos (Ruiz, 2014: 16), siendo necesaria una inversión de 80 billones de dólares en infraestructura, en lo que Putin califica como el proyecto de construcción más grande del mundo de los próximos cuatro años (Koch-Weser y Murray, 2014: 3). Dicho acuerdo se enmarca en un proceso más amplio de acercamiento y cooperación entre Moscú y Beijing, lo que según algunos analistas estaría configurando una nueva alianza o “tándem” entre las dos potencias asiáticas (Shi, 2014): una monetaria (China) y una militar (Rusia).

Un ejemplo del funcionamiento de este tándem fue la realización de maniobras militares conjuntas

por siete días frente a Shanghai en el mismo periodo del acuerdo, dando una clara señal a Japón del soporte ruso a Beijing en su disputa por las islas Diaoyu/Senkaku. Este gesto puede entenderse como una recompensa por el verdadero “espaldarazo” otorgado a Rusia desde Beijing a partir del contrato gasífero del 21 de mayo (Shi, 2014), llegando en un momento clave en el marco del conflicto ruso con Occidente. De llegar a concretarse una alianza entre ambas potencias, que ya comparten membresía en proyectos regionales como la Organización de Cooperación de Shanghai, modificaría significativamente la estructura de poder regional y global, a partir de una agrupación de capacidades de poder equiparable a la de las potencias occidentales.

El otro gran movimiento del Kremlin en el tablero de ajedrez internacional dice relación con la consolidación de la Unión Euroasiática, en vigor desde inicio de 2015. El origen de esta iniciativa se remonta a la *Commonwealth of Independent States* (CIS), creada en 1991 como un mecanismo para mantener ligadas a las ex repúblicas soviéticas con la nueva Rusia, avanzando hacia la conformación de una Zona de Libre Comercio en 1994 (el CIS no dejará de existir, se mantendrá paralelo a los siguientes pasos a describir), mecanismo que no reportará logros significativos debido a su debilidad institucional (Dragneva y Wolczuk, 2012). Un año después, los gobiernos de Rusia, Bielorrusia y Kazajistán dan un paso más adelante a partir de la conformación de una Unión Aduanera, la *Eurasian Customs Union* (ECU), a la que se sumarán Kirguistán y Tayikistán en 1996 y 1997 respectivamente. Dicho organismo tampoco logrará consolidarse institucionalmente, de hecho no logra ir más allá de las declaraciones, por lo que no crea una nueva organización fuera del CIS.

Dicha situación se modifica a partir del 2000 cuando Vladimir Putin decide darle un nuevo impulso al proceso de integración del otrora espacio soviético a partir de la *Eurasian Economic Community* (EEC). El funcionamiento de la EEC tampoco logró buenos resultados, por lo que a partir de 2007 los tres miembros originales de la ECU deciden consolidar el fallido proyecto de Unión Aduanera, firmando su creación en dicho año. Ya en 2010 comienza a funcionar la Tarifa Exterior Común y el Territorio Aduanero Común, teniendo como siguientes avances institucionales la eliminación de controles fronterizos físicos en 2011, y la inauguración del Espacio Económico Único y de la Corte y Comisión



de la ECC en 2012 (Dragneva y Wolczuk, 2012: 4-5). En el mismo periodo surge la idea de tomar lo construido hasta entonces y consolidar una “Unión Económica Euroasiática” (o Unión Euroasiática, como comúnmente se califica), estructurada a partir de bases institucionales más sólidas que la CIS, esperando captar el interés del resto de los países miembros de esta última para lograr incorporarlos y otorgar mayor fuerza al proyecto.

Una vez cerrado el acuerdo con China el 21 de mayo de 2014 Vladimir Putin decide concretar el proceso antes mencionado viajando ocho días después a Kazajistán, firmando el acuerdo de integración de la Unión Económica Euroasiática entre Rusia, Kazajistán y Bielorrusia con entrada en vigor el 1 de enero de 2015, manifestando su intención de adhesión Armenia, Kirguistán y Tayikistán. El mercado único establecido consta de 180 millones de personas, con un PIB aproximado de 2,5 billones de dólares y un importante porcentaje de reservas mundiales de hidrocarburos (Ruiz, 2014: 17), lo que explica el por qué nadie se ha mostrado indiferente. Es un proyecto de integración ambicioso, que busca –al menos a nivel de declaraciones- el libre flujo de mercancías, servicios, capitales y trabajadores, además de establecer una política común en sectores estratégicos como energía, industria, agricultura y transporte (RT, 2014).

## CONCLUSIÓN

Desde la llegada de Vladimir Putin al poder Rusia busca un mejor posicionamiento en la estructura global y regional de poder, objetivo que intentará concretar a partir del aumento de sus capacidades económicas, ya sea a nivel interno (a partir de las reformas) o externo (a partir de esta serie de políticas de cooperación e integración). Como bien analiza Gutiérrez del Cid (2010), al perder una parte significativa de sus territorios europeos (los países bálticos) tras la disolución de la Unión Soviética, y como resultado del conflicto reciente con Occidente y de la política de consolidación del vínculo con su entorno cercano que surge a partir del mismo, vemos como Rusia se ha ido transformando de a poco en una potencia más “asiática” que europea, proceso que se acentúa en el marco de la actual crisis de Ucrania.

La estabilización y fortalecimiento de las capacidades económicas de Rusia será sólo el primer paso

en el camino de vuelta al estatus de *Great Power*. Será un paso clave, sin embargo, en la medida que le permitirá al Kremlin contar con una economía estable y al alza, aún con graves problemas estructurales relativos a la vulnerabilidad de la misma ante *shocks* externos, pero capaz de suministrar recursos suficientes para llevar adelante un proceso macro de modernización y reforma que se extenderá a los ámbitos militares y de poder blando. La confianza ganada en los primeros años del gobierno de Vladimir Putin le permitirán volver a jugar un rol protagónico en su región, reactivando una política exterior que incluyó la antes analizada “*pipeline diplomacy*” en una estrategia que como pudimos observar en la presente investigación incluyó los niveles bilateral, regional y multilateral.

La estructura sobre la que se mantiene la economía rusa vuelve a crujir en la actualidad, quedando nuevamente en evidencia su fragilidad. ¿Es Rusia un gigante con pies de barro? ¿Será capaz de mantenerse en pie a pesar de las sanciones europeas? ¿Cuánto está dispuesto a perder (o arriesgar) Vladimir Putin en su búsqueda por reposicionar a Rusia en el primer plano del sistema internacional? El presente año (2015) será clave en la resolución de tales incógnitas.





## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agabekian, Grigor (2013). “Structural challenges for the Russian economy”, *Department of Economic and Social Affairs*, ONU.

Aslund, Anders (2007). *How Capitalism Was Built: The Transformation of Central and Eastern Europe, Russia, and Central Asia*. Cambridge University Press: Washington D.C.

Bali, Alicia et al. (2013). “La situation économique de la Russie: pourquoi la Russie a-t-elle échoué là où la Chine a réussi?”, *ESSEC*, pp. 6 – 52.

Barnes, Andrew (2011). “The Political Economy of Oil in Russia: Really Existing Capitalism?”, *PONARS Eurasia*, Policy Memo No. 168, pp. 1 – 7.

BBC (2014). “Russia’s gas fight with Ukraine”. Consultado el 9 de enero de 2015 [<http://www.bbc.com/news/world-europe-29521564>].

Beltramino, Ricardo (2012). “El nuevo oro de Moscú: La adhesión de Rusia a la OMC y su relación bilateral con Argentina”, *FLACSO*, pp. 1 – 4.

Boettke, Peter (1993). *Why Perestroika Failed: The Politics and Economics of Socialist Transformation*. Routledge: New York.

Brill, Martha (2004). “The Energy Dimension in Russian Global Strategy: Vladimir Putin and The Geopolitics of Oil”, *The James A. Baker III Institute for Public Policy*, Rice University, pp. 1 – 31.

Cooper (2009). “Russia’s Economic Performance and Policies and Their Implications for the United States”, *Congressional Research Service*, pp. 1 – 23.

Desai, Padma (2005). “Russian Retrospectives on Reforms from Yeltsin to Putin”, *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 19, No. 1, pp. 87 – 106.

Dragneva, Rilka y Wolczuk, Kataryna (2012). “Russia, the Eurasian Customs Union and the EU: Cooperation, Stagnation or Rivalry?”, *Chatham House*, Briefing Paper No. 1, pp. 2 – 15.

Fean, Dominic (2012). “Decoding Russia’s WTO Accession”, *Ifri*, No. 64, pp. 5 – 19.

Fredholm, Michael (2005). “The Russian Energy Strategy & Energy Policy: Pipeline Diplomacy or Mutual Dependence?”, *Conflict Studies Research Centre*, Russian Series Vol. 05, No. 41, pp. 1 – 37.

Guriey, Sergei y Rachinsky, Andrei (2005). “The Role of Oligarchs in Russian Capitalism”, *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 19, No. 1, pp. 131 – 150.

Guriey, Sergei y Tsyvinski, Aleh (2010). “Challenges Facing the Russian Economy after the Crisis”, en

Aslund, Anders, Guriev, Sergei y Kuchins, Andrew (Eds.) (2010). *Russia after de Global Economic Crisis*, USA: Peterson Institute for International Economics.

Gutiérrez del Cid, Ana Teresa (2010). “El ascenso de Vladimir Putin y la consecución del interés nacional de Rusia”, *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo*, Vol. 5, No. 10, pp. 13 – 44.

Gutiérrez del Cid, Ana Teresa (2008). “El rescate de la industria petrolera en Rusia y la utilización de los energéticos como instrumento de política exterior”, *Argumentos*, Vol. 21, No. 58, pp. 137 – 156.

INTA (2012). “The economic significance of Russia’s accession to the WTO”, *European Parliament*, pp. 5 – 38.

INTAL (2012). “Histórico ingreso de la Federación Rusa a la OMC”, *Panorama Regional y Global*, Carta Mensual No. 192, pp. 4 – 8.

ITC (2012). “Russia’s accession to the WTO: major commitments, possible implications”, *International Trade Centre*, pp. 1 – 25.

Kelly, Cillian (2010). “The Russian State and Gazprom: A Study in the Politics of Russia’s Natural Gas”, *University College Cork*, pp. 1 – 72.

Keohane, Robert y Nye, Joseph (1977). *Poder e Interdependencia*. GEL, Buenos Aires.

Knoema (2014). “World GDP Ranking 2014: Data and Charts”. Consultado el 6 de enero de 2015 [<http://knoema.com/nwnfkne/world-gdp-ranking-2014-data-and-charts>].

Koch-Weser, Iacob y Murray, Craig (2014). “The China-Russia Gas Deal: Background and Implications for the Broader Relationship”, *U.S.-China Economic and Security Review Comission*, pp. 3 – 20.

Hazakis, Konstantinos y Proedrou, Filippos (2012). “EU-Russia Energy Diplomacy: The Need for an Active Strategic Partnership”, *Collège d’Europe*, EU Diplomacy Paper No. 04, pp. 4 – 17.

Le Figaro (2014). “La Russie coupe le gaz à l’Ukraine, l’Europe s’inquiète”. Consultado el 9 de enero de 2015 [<http://www.lefigaro.fr/conjoncture/2014/06/16/20002-20140616ARTFIG00143-la-russie-coupe-le-gaz-a-l-ukraine-l-europe-s-inquiete.php>].

Nichol, Jim (2014). “Russian Political, Economic, and Security Issues and U.S. Interests”, *Congressional Research Service*, RL33407, pp. 1 – 77.

OECD (2013). “Russia: Modernising the economy”, *Better Policies Series*, pp. 2 – 42.

Oxenstierna, Susanne (2014). “The Russian Economy: Can Growth be Restored within the Economic



System?”, *FOI*, Report No. 3876, pp. 9 – 44.

Repyeuskaya, Olga (2010). “Energy as a Foreign Policy Tool: Assessing Russian Energy Strategy Towards the European Countries”, *Central European University*, pp. 1 – 49.

RT (2014). “Putin firma la ley para crear la Unión Económica Euroasiática”. Consultado el 14 de enero de 2015 [<http://actualidad.rt.com/actualidad/view/142238-putin-creacion-union-euroasiatica-economia>].

Ruiz, Francisco (2014). “Rusia: del divorcio con Occidente a la luna de miel con China”, *Documento Opinión IEEE*, No. 62, pp. 2 – 20.

Rutland, Peter (2008). “Putin’s Economic Record: is the oil boom sustainable?”, *Europe – Asia Studies*, University of Glasgow, pp. 1 – 15.

Sakwa, Richard (2008). “Putin’s Leadership: Character and Consequences”, *Europe-Asia Studies*, Vol. 60, No. 6, pp. 879 – 897.

Sánchez, Antonio (2002). “La economía rusa: una década de transición”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, No. 59, pp. 53 – 72.

Shi, Ming (2014). “Rusia y China: ¿aliados-rivales?: Geopolítica de los acuerdos por el gas”, *Nueva Sociedad*, No. 253, pp. 177 – 186.

Sidorenko, Tatiana (2014). “Cooperación Económica entre Rusia y China: Alcances y Perspectivas”, *Revista Problemas del Desarrollo*, Vol. 176, No. 45, pp. 33 – 52.

Skalamera, Morena (2014). “Booming Synergies in Sino-Russian Natural Gas Partnership: 2014 as the Propitious Year”, *Harvard Kennedy School*, pp. 1 – 25.

Sutyryn, Sergei (2009). “Internationalization of Russian Economy: threats and opportunities in time of crisis”, *Turku School of Economics*, No. 4, pp. 3 – 25.

Tompson, William (2011). “The political economy of contemporary Russia”, en Gill, Gaeme y Young, James (2011), *Routledge Handbook of Russian Politics and Society*, New York: Routledge Handbooks.

Tompson, William (2004). “Putin and the “Oligarchs”: A Two-Sided Commitment Problem”, *OCDE*, pp. 1 – 15.

Treisman, Daniel (2010). “ “Loans for shares” Revisited”, *Post-Soviet Affairs*, Vol. 26, No. 3, pp. 1 – 27.

Valdai (2013). “Russia’s Economy: After Transformation Before Modernization”, *Valdai Discussion Club Analytical Report*, Moscú, pp. 1 – 38.

Varol, Tugce (2013). *The Russian Foreign Energy Policy*, ESI, Macedonia: EGALITE.

Vernikov, Andrei (2010). "Direct and indirect state ownership on banks in Russia", *MPRA*, No. 21373, pp. 1 – 16.

Voico, Olga (2010). *Putin's Russia and the New Concept of Power: An analysis of Vladimir Putin's power argumentation*, Master's Thesis, University of Tampere, Finland.





# Liste des notes d'analyse précédentes

(cliquez pour y accéder)

DESPLANQUE Simon, *Cinéma et relations internationales : Essai de théorisation*, Note d'analyse 35, mars 2015

de WILDE d'ESTMAEL Tanguy, *La défense belge à l'horizon 2030*, Note d'analyse 34, mars 2015.

VANDAMME Dorothee, *Pakistan and Saudi Arabia: Towards Greater Independence in their Afghan Foreign Policy?*, Note d'analyse 33, août 2014

FERON Antoine, *The High Representative and China : assessing Ashton's style*, Note d'analyse 32, mars 2014

ROUSSEAU Elise, *Entre désintégration et reconstruction de l'Etat, la figure du seigneur de guerre somalien : les années 1990*, Note d'analyse 31, mars 2014

GOSSE-LEDUC Cédric, *Géopolitique et télécommunications : Contrôler les réseaux « virtuels » pour contrôler le réel*, Note d'analyse 30, novembre 2013

STRUYE de SWIELANDE Tanguy, HONORE Alexia, MERMILLOD-BLARDET Thomas, *Déclin des Etats-Unis : Much Ado About Nothing ?*, Note d'analyse 29, septembre 2013

DUVIGNEAUD Vincent, *Etats-Unis et Pologne : Un enjeu commun pour diminuer la dépendance de l'Europe au gaz russe ?*, Note d'analyse 28, septembre 2013

MERMILLOT-BLARDET Thomas, *L'alliance américano-nippone à l'épreuve de l'émergence chinoise*, Note d'analyse 27, août 2013

HONORE Alexia, *L'Australie comme acteur régional et international : quelle influence grâce à la position stratégique du Down Under ?*, Note d'analyse 26, août 2013

**Pour consulter nos autres publications**



<https://twitter.com/GeopolCECRI>

**Retrouvez-nous également sur Facebook et Twitter  
pour notre actualité et nos futurs événements**



<https://facebook.com/GeopolitiqueEtPolitiqueEtrangereCecri>